

los testimonios: "existe una ley de crítica histórica que afirma que la divergencia de detalles no es motivo suficiente para impugnar el acuerdo en lo esencial..." (p. 123). Más adelante vuelve a insistir en que "no hay por qué extrañarse de que los evangelistas no hayan hecho una concatenación de los hechos que cuentan de manera incompleta, cada uno según la finalidad que persigue y de acuerdo con los datos de los que dispone. Se trata de testimonios ordenados en función de una finalidad. No son una historia de punta a cabo" (p. 167).

Tampoco considera serio hablar de alucinaciones en el caso de los Doce, o en el de Pablo (cfr. p. 171-172). Acusa a los autores de la hipercrítica de abusar de meras hipótesis que se consideran, sin más, como demostradas. "Este modo de proceder es empleado, en más de una ocasión, incluso por R. Bultmann. A veces, después de una serie de suposiciones, sin aportar de ordinario pruebas, dice: 'Posibilidades, ciertamente, pero que, a mi juicio, tienen valor de evidencia'. Con intención de volver a escribir la historia, se redacta, de hecho, una novela 'crítica' (p. 201). Más adelante el A. sigue considerando la poca seriedad de ciertos críticos que "se contentan simplemente con afirmar que el relato en cuestión tiene un carácter 'ideal' (forma púdica de insinuar que no es histórico)" (p. 202).

El A. se sitúa, por tanto, en una postura decidida en pro de la historicidad de los relatos sobre la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. A esto hay que añadir su claro juicio sobre las corrientes filosóficas de cuño racionalista que subyacen en quienes, de una forma u otra, ponen en tela de juicio el hecho de la resurrección o su verdadero significado teológico. Es cierto, sin embargo, que hay que reseñar algunos detalles que desdican un poco del conjunto del libro. Así, por ejemplo, resulta excesiva la transcripción completa de textos que podrían haber sido presentados con una simple referencia. También resulta un poco rápido y superficial al tratar de la cuestión sinóptica (cfr. p. 126), o se refiere a los vocablos originales de la resurrección y la parusía sin decir de qué vocablos se trata (cfr. p. 90-91). De todas formas son detalles nimios que no desvirtúan el contenido esencial de este estudio valioso y valiente, sobre la resurrección de Cristo.

ANTONIO GARCÍA-MORENO

A. QUACQUARELLI, *La società cristologica prima di Costantino e i riflessi nelle arti figurative*, Istituto di letteratura cristiana antica, Bari (*"Quaderni di Vetera christianorum"*, 13), 1978, 177 pp., 17 x 24,5.

El profesor Antonio Quacquarelli de la Universidad de Roma nos ofrece en esta obra de síntesis una muestra, muy lograda, de su buen hacer científico.

La sociedad cristiana de los tres primeros siglos ha sido objeto de diferentes estudios, desde diversas ópticas y aspectos. Bastará recordar aquí los estudios de Rossi, Orbe, Bovini, Simonetti, Vogel, Boulvert, Brezzi y De Robertis, entre otros. Pero el A. del presente volumen nos ha sorprendido gratamente abordando el tema desde una perspectiva cristológica, que, sin duda alguna, es la clave del arco que sustentará esa sociedad cristiana. Es mérito también del A. mostrarnos, por medio de una rica documentación patristica, epigráfica y ornamental, cómo la vida de los cristianos de los tres primeros siglos estaba centrada radicalmente en Cristo.

Una breve introducción sirve de marco para señalar las pretensiones y el objeto del trabajo realizado.

Dedica el capítulo primero a estudiar el papel que desempeñaban los obreros y artesanos cristianos en las comunidades urbanas. Es un tema conocido al asentamiento de las primeras comunidades cristianas en núcleos de población urbana. Estos obreros y artesanos se constituían en *collegia tenuiorum* para atender fines culturales, de asistencia, o de carácter funerario.

El capítulo segundo, se intitula, "L'omo nuovo in un popolo nuovo". En él desarrolla algunos aspectos vivenciales del catecumenado en la primitiva cristiandad. "Il catecumenato —dice Quacquarelli— era per così dire una scuola di formazione dell'uomo nuovo per una società nuova che doveva penetrare i principi evangelici da tradursi nella realtà della vita quotidiana" (p. 23). Para ser catecúmeno hacía falta ejercitarse en un trabajo cualquiera. Esta conclusión la deduce el A. basándose sobre todo en textos catequéticos antiguos, como la *Didaché*.

El capítulo tercero se centra en las prefiguraciones cristológicas del V. T. que se encuentran en la iconografía popular. Se recogen testimonios gráficos sobresalientes, como los de "Susana y los ancianos" (cementerio de Priscila), la alegoría del arcosolio de Celerina (cementerio de Pretestato), "Daniel entre los leones" (ibid.), "los tres jóvenes en el horno" (cementerio de Priscila), "Noé en el arca" (cementerio de SS. Pedro y Marcelino), y "la resurrección de Lázaro" (cementerio de via Anapo).

En el capítulo cuarto se analiza la actuación de los artistas y artesanos cristianos —pintores y escultores sobre todo— que intervienen en la decoración de las catacumbas de los siglos II y III y de los lugares de culto. Trae a colación textos de Tertuliano y de la *Tradición Apostólica* de Hipólito, en los que se prohíbe a pintores y escultores pintar o esculpir ídolos paganos, so pena de ser apartados de la comunidad cristiana. Sin embargo, estas prohibiciones eran compatibles con la representación de determinados mitos paganos, como el de Orfeo con la lira, para expresar ideas cristianas.

A lo largo del capítulo quinto se estudian los lugares de culto cristiano. Sólo a finales del siglo II, y sobre todo, en el III se puede hablar de auténticas *domus ecclesiae*, especialmente, en las grandes ciudades,

como Roma, Cartago, Alejandría y Antioquía. Corroboras estas afirmaciones con la cita de algunos pasajes de Orígenes, Hipólito y otros autores. También aporta unas reproducciones planimétricas de algunas *domus ecclesiae*, como Dura Europos, Aquileya y Parenzo, que corresponden al período antes citado.

El capítulo sexto plantea la necesidad del trabajo como una obligación del cristiano, en contraposición con la concepción del trabajo que profesaba el mundo clásico-pagano, y que consideraba el trabajo como ocupación propia de esclavos.

Titula el capítulo séptimo con la expresión "L'acqua viva". Esta fórmula de rico simbolismo bíblico nos introduce en uno de los puntos capitales de la espiritualidad cristiana primitiva: el bautismo. En este terreno el bautismo de Cristo ocupará el punto de referencia principal para la vida del fiel cristiano, y serán muy abundantes, a lo largo de los tres primeros siglos, los testimonios literarios, litúrgicos e iconográficos, que abundan en esta idea.

El capítulo octavo gira en torno a los cementerios. Hay, sin duda, un particular interés por esta temática en la comunidad cristiana primitiva. El A. nos muestra muy claramente expresado el deseo de los fieles de ser sepultados al lado de la tumba de un mártir. Por otra parte, es sabido, que al cristiano no le era lícito estar sepultado al lado de un sepulcro pagano. También destaca el papel desempeñado por el *fossor* dentro del complejo cementerial de las catacumbas.

En el capítulo noveno se hacen interesantes consideraciones sobre la relación entre el clero y el pueblo cristiano. Se presenta el crecimiento de la Iglesia primitiva en conexión directa con el aumento y la diversificación de los ministerios eclesiásticos. En este sentido el pueblo cristiano desempeñaba una importante misión en la elección de los miembros del clero.

El pasaje de Act 4,32, sobre la puesta en común de bienes temporales, da ocasión al A. para hablarnos en el capítulo décimo de cómo, con el desarrollo del cristianismo, este texto se fue convirtiendo en algo puramente "utópico", y que luego, más tarde, ejercerá una influencia en el monacato cristiano. No compartimos plenamente esta apreciación del A. dado que la comunicación cristiana de bienes y el desprendimiento consiguiente de los mismos ha sido una "realidad" gozosa del espíritu cristiano en todos los tiempos.

El capítulo undécimo está consagrado a la función cósmica del trabajo y la riqueza. Presenta al cristiano como colaborador de Dios, que con su trabajo continúa la realización de planes divinos sobre la creación. Es tan importante el trabajo para los cristianos de la época apostólica que el prof. Quacquarelli llega a formular el principio de que "il pigro non può essere fedele" (p. 145). También nos habla de la riqueza, no como un bien en sí mismo sino como un medio a través del cual puede el cristiano intervenir para favorecer el mejoramiento social.

Termina el libro con unas conclusiones sintéticas de todo lo anteriormente expuesto. Aduce también al final una selecta bibliografía y unos cuidados índices, bíblico, onomástico, de ilustraciones y general.

La impresión en papel couché no sólo realza la composición del volumen, sino que es muy apropiada para reproducir ilustraciones artísticas.

Nos han gustado particularmente los capítulos sexto y undécimo, en los que el A. plantea de modo muy sugestivo y original el papel sobresaliente que desempeña el trabajo en la vida cristiana de los tres primeros siglos.

DOMINGO RAMOS-LISSON

GREGORIO DI ELVIRA, *La fede*, Introducción, texto crítico y notas de M. SIMONETTI, Torino, Soc. Editrice Internazionale ("Corona Patrum", n. 3), 1975, 235 pp., 16 × 22,5.

ORIGÈNE, *Omèlie sulla Genesi e sull'Esodo*, Introducción, traducción y notas de G. GENTILI, Alba, Edizioni Paoline ("Patristica e del pensiero cristiano", n. 54) 1976, 592 pp., 13 × 18.

SALVIANO DI MARSIGLIA, *Contro l'avarizia*, Traducción, introducción y notas de E. MAROTTA, Roma, Città Nuova Editrice ("Collana di testi patristici", n. 10) 1977, 157 pp., 13 × 20.

Hay sin duda un nuevo florecer de estudios patrísticos en nuestra época que ya no se limita a los especialistas, sino que quiere llegar al gran público y difundir entre los fieles las obras de los Padres y escritores eclesiásticos de más relieve. En este sentido, sobre todo en Francia y en Italia, se multiplican las iniciativas editoriales dirigidas a conseguir este objetivo. Cabe esperar que también en España se dé impulso a la edición de las obras de esos primeros testigos de la fe cristiana. Hay que tener en cuenta que el estudio de la literatura cristiana antigua no es sólo un elemento indispensable para el historiador de la Iglesia o para el que se dedica a la Teología "positiva". Este estudio resulta indispensable también para la Teología "especulativa", que al tener que volver constantemente al contenido de la Revelación necesita conocer a los autores cristianos antiguos que formularon precisamente las primeras sistematizaciones racionales de los dogmas. Buena prueba de esto es el mismo Santo Tomás que dedicó mucho tiempo a la lectura, estudio y explicación de las obras principales de los autores cristianos. La misma teología espiritual no puede prescindir del pensamiento cristiano primitivo.

En Italia, como decíamos, en los últimos años se han multiplicado las iniciativas. Los salesianos de la S.E.I. han reanudado el antiguo proyecto de la *Corona Patrum Salesiana* confiando a un grupo de es-